

---

# ESTÁNDARES DE VIDA EN EL JAPÓN DE LA PREGUERRA Y LA CHINA MAOÍSTA

---

Chris Bramall

Profesor del Sidney Sussex College, Universidad de Cambridge.

Estoy muy agradecido con Marion Jones, Lui Minquan, W.J. Macpherson y dos comentaristas anónimos del *Cambridge Journal of Economics* por sus comentarios a un borrador anterior. También estoy en deuda con N. Koyama y K. Cunnison por su ayuda en la consecución de parte de los datos sobre el Japón. Tomado del *Cambridge Journal of Economics* 21, 5, septiembre de 1997. Se publica con autorización de Oxford Economic Papers y del autor. *Cuadernos de Economía* agradece a Anne Newton por su ayuda para obtener las autorizaciones.

## **Resumen**

**Bramall, Chris, "Estándares de vida en el Japón de la preguerra y la China maoísta", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 29, Bogotá, 1998, páginas 341-372.**

*Las comparaciones previas de los estándares de vida del Japón (1868-1941) y de la China (194-1978) se han visto afectadas por la falta de datos. Los nuevos materiales publicados en la última década han llenado muchos de los vacíos sobre la distribución del ingreso en el Japón y la hambruna que se presentó en China. Esos materiales muestran que los procesos iniciales de industrialización fueron extremadamente penosos en ambos países y que es difícil promover cualquiera de ellos como un modelo de desarrollo que pueda ser imitado por otros países.*

## **Abstract**

**Bramall, Chris, "Living Standars in Pre-war Japan and Maoist China", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 29, Bogotá, 1998, pages 341-372.**

*Previous comparisons of living standards in Japan (1868-1941) and China (1949-1978) have been hampered by the limited data. New material published over the last decade have now filled many of the gaps on Japanese income distribution and China's famine. These materials make it clear that the process of the early industrialisation was extremely painful in both countries, and that it is hard to present either as a development model for other nations to emulate.*

## INTRODUCCIÓN

Una abundante evidencia muestra que el proceso de desarrollo de China fue más favorable para el bienestar de la población que el del Japón Meiji... el proceso de desarrollo que se generó [en la China maoísta] permitió lograr un desarrollo sostenido sin los sacrificios de bienestar que caracterizaron al Japón Meiji y que hoy son un rasgo sobresaliente de muchos países menos desarrollados no socialistas [Lippit 1978, 73, 77].

La Oficina de Estadísticas Estatales de China ha divulgado una gran cantidad de estadísticas desde que Victor Lippit hizo esta afirmación. También se ha analizado buena parte de los datos de ingresos e impuestos locales correspondientes al Japón de la década de 1930. Y se han hecho muchas publicaciones sobre las tasas de crecimiento y los patrones de industrialización del Japón y la China maoísta durante el período previo a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, se ha hecho poco trabajo sobre las tendencias de los estándares de vida de esos dos países durante la industrialización inicial. El libro reciente de Minami [1994b] constituye un ejemplo. A pesar del cuidadoso análisis del proceso de desarrollo de la China y el Japón, guarda silencio sobre cuestiones de un impacto tan crítico como las tendencias de las capacidades, la magnitud de la hambruna china de comienzos de los sesenta y la desigualdad del ingreso maoísta.<sup>1</sup>

---

1 A la hambruna sólo se dedican cuatro frases y una diciente nota de pie de página que remite a "otros estudios" que pretenden que murieron entre 200 y 250 millones de personas. Aunque sin duda éste es un error tipográfico, es un síntoma de las omisiones que han afectado a varios estudios recientes sobre los estándares de vida sino-japoneses. Esta omisión es aún más sorprendente en vista de que muchos de los primeros estudios sobre el desarrollo económico del

Este ensayo intenta llenar este vacío de la literatura utilizando los nuevos datos sobre el Japón de la preguerra (1868-1941) y la China maoísta (194-1978). En la segunda sección se analizan las tendencias de diversos indicadores de bienestar. En la tercera se amplía el análisis para incluir los aspectos distributivos y en la cuarta se aborda el tema de la pobreza. En la quinta sección se comentan las salvajes caídas de la producción durante la hambruna china de 1959-1962, las deflaciones japonesas de la década de 1880 y de comienzos de los años treinta de este siglo. En la sexta sección se resume la argumentación.

Este ensayo no pretende ser exhaustivo ni indiscutible. Existen dificultades muy reales en la comparación de dos períodos de tiempo diferentes. También está lejos de ser obvio que el crecimiento económico moderno de la China empiece a partir de 1949; algunos autores consideran que el comienzo del 'despegue' ocurrió en el período republicano (1911-1949), mientras que otros lo ubican en 1978. Además, existe una diversa gama de opiniones acerca de cómo definir y medir los estándares de vida, no sólo como resultado del reciente trabajo de Sen sobre las capacidades [Sen 1987, 1992; Sen y Nussbaum 1993]. Una indicación de la controversia que ocasionan estos temas la proporciona el acalorado y persistente debate sobre la trayectoria de los estándares de vida durante la Revolución Industrial Británica, que hoy versa sobre la validez de usar datos sobre las tasa de estatura y alfabetismo y sobre la forma en que se deben medir las tendencias de los salarios reales. Esos problemas no pueden ser ignorados cuando se analiza el impacto del crecimiento económico moderno de China y Japón. Pero tampoco pueden servir de excusa para ignorar un tema de tanta importancia a la hora de evaluar las estrategias de desarrollo.

## TENDENCIAS DE LARGO PLAZO DE LOS ESTÁNDARES DE VIDA<sup>2</sup>

Es difícil comparar el crecimiento del producto per cápita del Japón y la China. No se dispone de datos adecuados sobre el PIB chino anteriores

---

Japón reconocían explícitamente los costos humanos del crecimiento económico [Patrick 1976, Ohkawa y Rosowsky 1973]. Otros subrayaron los efectos adversos de los altos niveles del gasto militar [Lockwood 1954, Oshima 1965]. Más recientemente, diversos estudios han subrayado las deficientes condiciones de trabajo en la fábricas japonesas [Taira 1978, Tsurumi 1990, Hunter 1993].

- 2 En esta sección se discuten las tendencias de los indicadores de desarrollo convencionales (consumo y PIB) así como las tendencias de dos indicadores que Sen [1987, 1992, 1993] ha denominado funcionamientos alcanzados (mortalidad y alfabetismo). Idealmente, sería deseable considerar las capacidades en lugar

a 1978; de modo que debemos usar el producto material doméstico neto (PMDN). Este indicador no es totalmente satisfactorio porque excluye la depreciación y algunos servicios 'improductivos'.<sup>3</sup> Además, el problema usual de números índices es bastante significativo debido a los grandes cambios de los precios relativos que ocurrieron en la China entre 1952 y 1978. Así por ejemplo, la tasa de crecimiento de la producción a precios de 1952 es casi una tercera parte mayor que la tasa de crecimiento a precios de 1980; esto obedece a que los precios relativos de 1980 dieron una ponderación mayor al sector agrícola de lento crecimiento. Los precios relativos del Japón también cambiaron entre 1855 y 1940; los precios agrícolas fueron 4.7 veces mayores en 1936 que en 1885, mientras que el precio de las manufacturas sólo fue 3.1 veces mayor [Ohkawa *et al.* 1974, 232]. No obstante, el uso de los precios 'de fin de año' (1934-1936 para Japón y 1980 para China) favorece a Japón y no a la China.

Los datos sobre el Japón determinan los períodos de comparación; no existen cifras anteriores a 1885 ni para 1941-1945. Así, es lógico estimar la tasa de crecimiento japonesa entre 1885 y 1940.<sup>4</sup> La elección de los años extremos es más fácil en el caso de la China. Hay buenas razones para excluir el período de recuperación posterior a la Guerra Civil (1949-1952), y 1978, año en que Deng asumió, *de facto*, el poder, es el otro extremo obvio. Debe señalarse, sin embargo, que esta comparación también favorece al Japón. Se excluyen el colapso de la producción asociado a la deflación Matsukata (1881-1885) y el de la Segunda Guerra Mundial, mientras que se incluye el auge de la producción subsiguiente a la invasión de la China en 1937. De modo que se eleva la tasa de crecimiento japonesa. En contraste, la inclusión de la caída de producción que se presentó en China a comienzos de los años sesenta disminuye la tasa de crecimiento de este país.

---

de los funcionamientos, pero esos datos no existen. Existe un problema muy general, como Sen [1992, 5] reconoce: "Idealmente, el enfoque de la capacidad debería tomar nota del grado total de libertad para elegir entre varios conjuntos de funcionamientos, pero las limitaciones de practicabilidad pueden obligar a que el análisis se restrinja a examinar únicamente el conjunto de funcionamiento alcanzado" (cursivas del original).

- 3 La confiabilidad de los datos oficiales chinos no es muy grande, especialmente para el período 1957-1976. No obstante, no hay duda de que durante el período maoísta hubo un crecimiento sustancial del producto, especialmente en el sector industrial. Además, incluso el Banco Mundial [1994, 164] estima que el PIB chino tuvo un crecimiento real de 5.5 por ciento anual durante la turbulenta década comprendida entre 1970 y 1980.
- 4 Debe señalarse que los datos sobre el PIB japonés tampoco son confiables, especialmente los de agricultura durante el período Meiji.

A pesar de esos sesgos contra China, y en contra de la sabiduría convencional en la que el "hecho del éxito japonés" es rara vez cuestionado, la semejanza en el desempeño del crecimiento de las dos economías es muy notoria (tabla 1). El crecimiento de la producción fue respetable (especialmente dado el crecimiento de la población) no espectacular. Lo mismo es cierto en el caso del consumo per cápita. Este creció lentamente en ambos casos debido a que los incrementos en la participación de la inversión de 9 a 31 por ciento en Japón (1885-1939/40) y de 21 a 37 por ciento en China (1952-1978).

TABLA 1  
CRECIMIENTO DEL PRODUCTO Y DEL CONSUMO PER CÁPITA

	Japón, 1885 - 1940 Precios de 1934 -36	China, 1952 - 1978 Precios de 1980
PIB per cápita	1.8	2.2
Consumo per cápita	1.3	1.5

Nota: Cifras y tasas de crecimiento anual en porcentaje. Si se calculasen a precios de 1885 (Japón) y de 1952 (China), el crecimiento per cápita del PIB japonés aumentaría a 2 por ciento mientras que el de China se elevaría a 3.6 por ciento. Si también se excluyese la producción de 1959-1964, la tasa china aumentaría a un impresionante 5 por ciento. Sin embargo, los datos de China corresponden al PMDN y no al PIB. Éste último quizá crecería menos rápidamente que el primero debido al muy lento crecimiento de los 'servicios improductivos' durante el período maoísta. Los datos del Japón se refieren al consumo personal; los de China, al consumo total.

Fuente: Ohkawa *et al.* [1974, 237]; SSB [1992, 32-33, 40, 77].

El contraste en las tasas de mortalidad de los dos países es más fuerte. El registro de la china maoísta a este respecto (dejando de lado la hambruna de comienzos de los años sesenta, que se discutirá más adelante) fue sorprendentemente bueno. De acuerdo a la reconstrucción de la mortalidad china con base en datos de encuestas, la esperanza de vida rural era de 24 años en el nacimiento de 1929-1931, y las tasas de mortalidad infantil estaban alrededor de 300 por mil [Barclay *et al.* 1976, 618-620]. Además, los datos tomados de la encuesta de fertilidad retrospectiva de 1988 muestran que la mortalidad supero incluso esos niveles en algunas partes de China. En el suroccidente rural, por ejemplo, la tasa fue de 430 por mil, y la tasa urbana de esa misma área fue de cerca de 700 por mil [Gu *et al.* 1991, 26-28]. Hacia finales de los años setenta, sin embargo, la mortalidad a esta escala era algo del pasado. De acuerdo a las estimaciones de Banister, la esperanza de vida femenina en el nacimiento subió de 41 años en 1953 a 66 años en 1978. En ese mismo período, la mortalidad infantil descendió de 179 a 37 por mil nacidos vivos [Banister 1987, 116]. Los datos oficiales chinos muestran una

tendencia similar; por ejemplo, la mortalidad infantil total descendió de 171 a 41 por mil entre 1950 y 1978 [CASS 1992, 537].

El elemento clave en esta área fue el entrenamiento de paramédicos (los famosos 'médicos descalzos') que se inició a una escala significativa a mediados de los años sesenta; a finales de los años setenta había más de tres millones de trabajadores sanitarios en el campo y su función principal era la vacunación [SSB 1985, 221]. A pesar de las burlas que los críticos del sistema maoísta levantaron contra ellos, es difícil explicar el notable descenso de la mortalidad rural sin mencionar los esfuerzos de esos paramédicos. De acuerdo con la conclusión de Banister [1987, 61], "buena parte del mejoramiento de las condiciones de salud y de mortalidad en China desde cerca de 1968 puede atribuirse al trabajo preventivo y curativo de los médicos descalzos".

El registro del Japón no fue tan bueno.<sup>5</sup> A comienzos de los años veinte, casi cincuenta años después de la Restauración Meiji, la esperanza de vida femenina sólo era de cuarenta y tres años al nacimiento. Esto puede haber obedecido en parte al impacto del contacto con el Occidente, una de cuyas consecuencias fue la introducción del cólera [Hanley 1986, 467]. Las tasas de mortalidad infantil también fueron muy altas a comienzos del siglo veinte: la tasa promedio se mantuvo alrededor de una cifra de 150 por mil nacidos vivos, virtualmente sin modificarse desde el nivel registrado en la década de 1890, el primer período para el que tenemos datos adecuados [Statistics Bureau 1987, 204-205, 270]. Y en algunas partes del Japón la tasa fue significativamente mayor; en Toyama, donde comenzaron las Huelgas Arroceras de 1918, la tasa de mortalidad infantil era de 252 por mil [Lewis 1990, 35]. Aunque es cierto que durante las décadas de entreguerras se registraron descensos en la mortalidad. La esperanza de vida femenina aumentó a cerca de cincuenta años en 1935-1936; la mortalidad infantil cayó a menos de 150 por mil después de 1924 y descendió a cerca de 100 por mil en 1940. No obstante, la tasa de mortalidad infantil en Japón de finales de los años treinta era más del doble que la de China en los años setenta y estaba a la par de los países africanos más pobres en 1994.

Por supuesto, esta comparación de las tasas de mortalidad de China maoísta y el Japón de la preguerra es equívoca en algunos aspectos.

---

5 Sin embargo, existe incertidumbre acerca de la mortalidad japonesa entre 1968 y 1920, el año del primer censo. Los datos oficiales registrados muestran que la tasa de mortalidad bruta aumentó en 1/3, mientras que las proyecciones hacia atrás más optimistas basadas en el censo de 1920 sugieren una caída —excluyendo las muertes por la epidemia de gripa de 1920— de casi 30% [ver Ohbuchi 1976, 330-333].

Primero, la mortalidad japonesa ya era bastante baja en la época de la restauración Meiji con respecto a los estándares del siglo diecinueve. La tasa bruta de mortalidad promediaba el 18 por mil entre 1873 y 1877 [Statistics Bureau 1987, vol. 1, 204-205] en comparación con el 22 por mil en Inglaterra entre 1871 y 1875 [Wringley y Schofield 1981, 529]. Por consiguiente, era difícil que el Japón lograra una reducción drástica de la mortalidad, aunque sus gobiernos trataron de promover la vacunación contra la poliomielitis infantil y de introducir mejoras en la higiene tendientes a reducir las muertes por tifoidea y cólera [Hayami 1986, 305]. Segundo, la comparación entre China y Japón es equívoca porque el régimen maoísta tuvo acceso a tecnologías y conocimientos médicos más sofisticados. Los avances en la ciencia médica posteriores a 1870 facilitaron la realización de programas masivos de vacunación.

No obstante, esas justificaciones del pobre desempeño de la mortalidad del Japón no son convincentes. Aunque el Japón Meiji está en desventaja cuando se compara con la China maoísta por su menor tecnología médica, la evidencia sugiere que el régimen no explotó completamente los conocimientos médicos disponibles en esa época. Por ejemplo, sólo hasta 1938 se estableció un Ministerio de Salud y esto era síntoma de un malestar general en la esfera de la atención médica. Como consecuencia, y en contraste con la tendencia europea, las muertes por tuberculosis aumentaron en Japón entre 1900 y la Segunda Guerra Mundial. Esto, a su vez, reflejaba en parte las difíciles condiciones de trabajo imperantes en el sector industrial japonés, que eran especialmente deficientes para las mujeres empleadas en el sector textil [Hunter 1993]. La experiencia británica proporciona una ilustración de las posibilidades de mejoramiento. Mientras que la tasa de mortalidad bruta del Japón osciló entre 17 por mil en 1930, la de Gran Bretaña, partiendo de una base victoriana tardía similar: había bajado a 12 por mil para 1926-1950. La tasa de mortalidad infantil británica, de 55 por mil, era aproximadamente la mitad de la tasa japonesa [Woods 1992, 29]. A Japón también le va mal cuando se compara con Estados Unidos (53.2) y Francia (66.1) durante 1935-39 [Chesnais 1992, 583, 591]. Es cierto que la mortalidad infantil japonesa era mucho más baja que en muchos otros países en desarrollo a finales de los años treinta; Sri Lanka, India y Brasil registraban tasas de mortalidad de 160, 162 y 182 respectivamente, en comparación con un promedio japonés de 111 durante 1935-39 [Chesnais 1992, 590-593]. Pero el hecho de que Japón no fuera más allá de tratar el agua entre las guerras, en una época en que la mortalidad caía fuertemente en Europa y en Norteamérica, es un indicio de su fracaso para usar en la mejor forma posible la tecnología médica disponible para reducir las tasas de mortalidad.



El panorama del alfabetismo es en cambio más favorable para el Japón, aunque el registro de la China maoísta no fue nada deficiente. El analfabetismo era general en el período republicano; la evidencia más confiable proviene del censo de población de 1982, que recogió datos sobre las tasas de alfabetismo por edades. Estos muestran que más del 85 por ciento de las mujeres nacidas en China antes de 1932 (y 95% de las nacidas antes de 1922) eran analfabetas a comienzos de la década de los ochenta; la cifra correspondiente a los hombres era de 52 por ciento. En contraste, la tasa de analfabetismo de 1982 era inferior al 10 por ciento para los nacidos después de 1962 (5% para los varones y cerca del 15% para las mujeres) [Population Research Institute 1986, 618]. Esto refleja ante todo el aumento en la tasa de ingreso a la escuela primaria, que pasó de 49 por ciento en 1952 a más del 95 por ciento a mediados de la década de los setenta, pese a los disturbios causados por la Revolución Cultural [SSB 1995, 595].

No obstante, el registro japonés en educación fue también muy bueno. Sólo cerca del 10 por ciento de las mujeres recibían educación primaria antes de 1968; para los varones, la cifra era de 43 por ciento [Minami 1994a, 17]. Pero si el Japón de inicios de la Primera Guerra Mundial se compara con la China de finales de los años setenta, sus semejanzas son sorprendentes. Como resultado de la introducción de la educación primaria obligatoria en Japón, la tasa de ingreso aumentó a cerca del 95 por ciento en 1910 [Minami 1994b, 49]; la velocidad de este avance fue similar a la que se logró en China maoísta. En cuanto a las tasas de analfabetismo, el 10 por ciento de los reclutas japoneses con 20 años de edad era analfabeto en 1915 (muy por debajo del 61 por ciento registrado en 1891) mientras que sólo el 4 por ciento de los varones chinos con una edad entre 15 y 19 años era analfabeto en 1982 [Minami 1994b, 49; Population Research Centre 1986, 618]. Sin embargo, dado que los reclutas japoneses se reclutaban entre los grupos de menores ingresos, esto sugiere tasas similares de varones analfabetos en los dos países.

La comparación 'correcta' para nuestro propósito de comparar el grado de modernización inicial, sin embargo, es entre la China de 1978 y el Japón de 1937 (y no de 1910-1915). Ésta es muy favorable para el Japón, en marcado contraste con la comparación de la mortalidad. En los años treinta, por ejemplo, la tasa de analfabetismo de Japón era menor del 10 por ciento, bastante inferior al 35 por ciento registrado en el censo chino de 1982 [World Bank 1991, 56; Population Research Centre 1986, 618]. Además, las tasas japonesas de ingreso a la escuela secundaria posteriores a 1920 eran superiores a las cifras de China para los años 1980 [Minami 1994b, 229]. No obstante, la *tasa de incremento* del alfabetismo fue mayor en la China maoísta que en el Japón de la preguerra. Partiendo

de una tasa de alfabetismo cercana al 28 por ciento en 1949, la tasa de alfabetismo llegó en China al 65 por ciento en 1982, una tasa de crecimiento de cerca del 2.5 por ciento anual. En contraste, Japón tardó cuarenta años —Partiendo de un nivel semejante del 30% en 1868— para alcanzar ese mismo nivel, lo que implica una tasa de sólo 2 por ciento anual [World Bank 1991, 56].<sup>6</sup>

Por supuesto, es necesario ser cuidadosos al hacer este tipo de comparaciones debido a las muy razonables dudas acerca de la comparabilidad de las definiciones de alfabetismo y de la confiabilidad de los datos disponibles. No obstante, hay suficiente evidencia para sugerir que el registro japonés en educación (al menos comparado con el de China) era superior en términos de los niveles de alfabetismo logrados a comienzos de la Guerra del Pacífico. La tasa de incremento del alfabetismo fue, sin embargo, muy similar.

## TENDENCIAS DISTRIBUTIVAS

Se han hecho estimaciones de la desigualdad rural de la República China con base en los datos de ingresos rurales recogidos por la Comisión Nacional de Tierras en 1934 [Roll 1980]. La Comisión encuestó más de 1.7 millones de hogares a los que preguntó cuál era su ingreso total; los datos resultantes producen un coeficiente de Gini de 0.44. Sin embargo, el coeficiente de Gini de la Comisión de Tierras probablemente subestima la desigualdad rural. Por una parte, porque la encuesta está sesgada debido a que excluye las provincias del suroccidente, donde las desigualdades en la propiedad de la tierra eran muy superiores al promedio nacional. Además, los datos de arrendamiento son menores de los que reportan otras encuestas. Es probable que esto refleje el sesgo espacial de la encuesta y los imperativos políticos del Kuomintang en su propaganda de guerra contra el Partido Comunista Chino [Esherick 1981, 407-408].

En todo caso, e independientemente de que el índice de Gini rural de la época republicana fuera más cercano a 0.4 o a 0.5, no hay duda de que la desigualdad rural descendió fuertemente bajo el impacto conjunto de la reforma agraria (1947-1952), la colectivización (1955-1956) y las restricciones a la magnitud del sector privado no campesino posteriores a 1965. Los datos oficiales chinos sugieren un Gini rural para el ingreso

---

6 Se utiliza esta comparación debido a que actualmente es más difícil *eliminar* el analfabetismo que reducirlo, de 60 a 30 por ciento, por ejemplo. Por esa razón, un cálculo simple del crecimiento del alfabetismo en Japón entre 1868 y 1940 sesgaría la comparación en favor de China porque el alfabetismo japonés ya era muy alto en 1930.

per cápita de apenas 0.21 en 1978 [Bramall y Jones 1993]. Los cálculos del Banco Mundial varían entre 0.26 y 0.32 para 1978-1979 [Khan *et al.* 1993, 61] y las estimaciones de Adelman y Sunding [1987, 163] sitúan el Gini rural en 0.22. Ninguna de esas estimaciones es totalmente confiable, debido ante todo a que las franjas de ingreso utilizadas por el SSB eran demasiado amplias, pero la fuerte reducción posterior a 1949 es innegable [World Bank 1992, 34].

La reforma agraria fue probablemente el factor decisivo en ese proceso.<sup>7</sup> De acuerdo con una de las fuentes, la clase terrateniente poseía en promedio el 39 por ciento de la tierra cultivada en la China anterior a la reforma [Esherick 1981, 404-405]. Los documentos oficiales del partido indican que la clase terrateniente (que constituía el 4% de la población) poseía cerca del 37 por ciento de la tierra cultivada. Después de la reforma agraria, su participación cayó al 4 por ciento en China central [Li 1959, 119, 123]. En Sichuan, la provincia más grande de China, los datos disponibles más recientes para 13 de sus 200 municipios muestran que la proporción de la tierra de propiedad de los terratenientes cayó de 44 por ciento a cerca del 5 por ciento después de la reforma agraria (tabla 2). Estas cifras son más confiables que las que utilizaron Esherick y Li debido a que corresponden a la totalidad de los municipios y no a una muestra, pero la tendencia es similar y muestra el gran impacto redistributivo del programa de reforma agraria.

La desigualdad urbana también se redujo después de la revolución de 1949; para finales de los años setenta, las estimaciones sugieren un Gini urbano muy bajo, entre 0.16 y 0.19 [Adelman y Sunding 1987, 163; Khan *et al.* 1993, 60], muy por debajo del nivel de la mayoría de los países en desarrollo; el Gini urbano de la India era de 0.41 en 1975-1976 [Bhalla 1992, 119]. El éxito de China en este campo obedeció en parte a la nacionalización, que eliminó los ingresos provenientes de beneficios y dividendos. Quizá más importante fue la drástica reducción de los diferenciales de salarios que siguió a la introducción de una escala de ocho categorías en 1955-56 (que luego se amplió a 17 categorías en 1963; había 30 categorías para el personal administrativo). Como resultado, los diferenciales de salarios entre empresas promediaban entre 3 y 1 en los años cincuenta y comienzos de los años setenta [Richman 1969, 800-803].

Además, y en contraste con la Unión Soviética, en la China maoísta no había mucha corrupción. En el sector rural, esto reflejaba la gran escasez de bienes de consumo; la consecución de bienes de lujo era difícil aun para los administradores rurales bien ubicados. Por otra parte, y este es

---

7 Para la explicación clásica de la reforma agraria, ver Hinton [1968].

TABLA 2  
EL IMPACTO DE LA REFORMA AGRARIA EN SICHUAN, PROVINCIA  
DE CHINA

Municipio	Porcentaje de la tierra cultivada bajo propiedad de los terratenientes		Proporción de la clase terrateniente en el total de la población
	Antes	Después	Antes
Xinjin	37	4	3
Qianwei	43	6	9
Shehong	26	5	6
Pengxian	50	4	5
Santai	31	4	4
Kaixian	44	3	5
Guanghan	55	5	6
Wushan	22	3	4
Kaijiang	45	7	9
Dianjiang	52	5	6
Nanchong	35	4	4
Pixian	68	8	6
Chongqin	47	7	5
Mediana	44	5	5

Nota: Las estimaciones de área cultivada generalmente excluyen las tierras de los templos y otras tierras públicas que solían estar controladas por los terratenientes. Fuente: Esta tabla utiliza los registros municipales (*xian zhi*) de Xinjin [1989, 102-103, Qianwei [1991, 137], Shehong [1990, 216, 219], Pengxian [1989, 227], Santai [1992, 328], Kaixian [1990, 122], Guanghan [1992, 95], Wushan [1991, 108], Kaijiang [1989, 115], Dianjiang [1993, 330-331], Nanchong [1993, 151-153] y Pixian (incluido Chongqing) [1989, 246-249]. Se han publicado pocos *xian zhi* para las áreas pobres o de minorías étnicas; sin embargo, entre los municipios que aparecen en esta tabla, sólo Xinjin, Pengxian, Guanghan, Pixian y Chongqin eran 'ricos' para los estándares de Sichuan.

un punto que se suele ignorar, el comité responsable de dirigir cada equipo de producción era elegido en una votación secreta por todos los miembros del equipo mayores de 16 años. Quienes resultaban incompetentes o corruptos eran destituidos del cargo (se perdonaban algunas formas de corrupción; en caso contrario nadie habría hecho el trabajo) [Potter y Potter 1990, 99-105]. Igual que en el sector urbano, la Revolución Cultural eliminó los privilegios de las elites que sobrevivieron a la re-

volución de 1949 comparativamente incólumes o que llegaron al poder en los años cincuenta; incluso sus hijos fueron enviados sumariamente al campo para “aprender de los campesinos”. Como resultado, y aparte de un puñado de individuos privilegiados de la alta cúspide del Partido, la China urbana era notoriamente igualitaria. Como afirman Whyte y Parish [1984, 53]: “en general, las ciudades chinas de los años setenta se distinguían tanto por la igualdad de condiciones como por la igualdad de oportunidades”.

La réplica usual a esta evaluación positiva es que la distribución global del ingreso en China era menos igualitaria que la suma de sus componentes rural y urbano, debido al enorme diferencial entre los ingresos rural y urbano. La mayoría de las estimaciones de este diferencial varían entre 3 y 6 a 1 para finales de los setenta [Riskin 1987, 240; Selden 1988, 162]. Aun en 1988, y a pesar del rápido crecimiento del ingreso rural en los años ochenta, el diferencial era de 2.4 a 1 [Khan *et al.* 1992, 1037]. En comparación, las cifras para Bangladesh e Indonesia de los años ochenta y la India de finales de los setenta estaban entre 1.4 y 1.9 a 1 [Srinivasan y Bardhan 1988, 49]. El diferencial chino reflejaba dos factores. Primero, las restricciones maoístas al comercio del sector privado y a la producción del sector urbano implicaban que el sector informal era excepcionalmente pequeño a finales de los setenta. En combinación con las restricciones a la migración del campo a la ciudad, esto aseguró un alto nivel de ingresos para la población urbana. Como resultado —y a diferencia de otros países— el diferencial urbano-rural es un indicador de la brecha entre los sectores tradicional y moderno de la China. Segundo, los residentes urbanos recibían grandes subsidios en forma de arrendamientos bajos, cereales baratos y diversos programas de bienestar [Ma 1990].

El impacto de esta enorme diferencia entre los ingresos rural y urbano sobre el coeficiente de Gini era considerable (tabla 3). Aunque la distribución global era comparativamente igualitaria después de la reforma agraria y de la nacionalización de los años cincuenta, el incremento de los subsidios urbanos llevó a un crecimiento gradual del Gini total.

Sin embargo, la confiabilidad de esas estimaciones del diferencial urbano rural es dudosa. Hay tres puntos discutibles. El primero se refiere al nivel de los subsidios urbanos (a los que es muy sensible el Gini total). De acuerdo con Lardy [1984, 851, 854], el valor de los subsidios urbanos ascendía a cerca del 45 por ciento del ingreso urbano total (salarios más subsidios) de 1978; la cifra calculada por Kahn *et al.* [1992, 31] para 1988 es del 39 por ciento. Sin embargo, La Oficina de Estadísticas Estatales de China considera que esa cifra está muy sobreestimada y que la cifra verdadera es del 20 por ciento. De ser así, el coeficiente de Gini total se reduciría en cerca de 0.03 [Mizoguchi y Matsuda 1991, 260]. El segundo

TABLA 3  
DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO EN CHINA, 1952- 1980

	Coeficientes de Gini		
	1952	1978	1979-80
Rural	0.23	0.22	0.31
Urbano	0.17	0.17	0.16
Total			
Sin subsidios	0.26	0.32	0.33
Con subsidios	0.26	0.44	n.d.

Nota: Las cifras de 1979-80 corresponden a una estimación provisional del Banco Mundial, entidad que luego revisó y redujo su estimación del Gini rural.

Fuente: Adelman y Sunding [1987, 163]; Kahn *et al.* [1993, 60].

problema, más general, se refiere a la definición del ingreso. Cuando se intenta estimar el diferencial de ingresos 'verdadero' es necesario incluir la renta imputada y las 'incomodidades' urbanas así como los subsidios. Es difícil valorar estos componentes, pero su inclusión muy probablemente reduciría la brecha urbana rural.<sup>8</sup> A finales de la era maoísta, todos los centros urbanos experimentaron enormes insuficiencias de vivienda, congestión y contaminación; y, debido a la ausencia de refrigeración, la carne, las frutas y los vegetales eran escasos y de baja calidad [Whyte y Parish, 1984]. Además, aún no es claro si los datos rurales de 1988 contabilizan totalmente el ingreso proveniente de las parcelas y de otras fuentes de ingreso privado [Bramall y Jones 1993, 47]. Tercero, es necesario ajustar los diferenciales entre precios rurales y urbanos. Los precios de los productos alimenticios que se vendían en las tiendas urbanas oficiales se fijaban utilizando los (bajos) precios minoristas oficiales y, además, la población urbana recibía un subsidio para compensar los aumentos de los precios minoristas oficiales posteriores a 1952. Esto sugiere que los precios urbanos eran bajos. Sin embargo, las compras en el mercado negro de las áreas urbanas estaban muy extendidas, incluso durante el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, y sus precios eran mucho mayores que los precios oficiales. En contraste, el precio marginal para la población rural —que podía comprar alimentos al Estado a los bajos precios oficiales de adquisición— era mucho menor. De modo que el uso de los precios oficia-

8 Ver, por ejemplo, Williamson [1990] sobre la Gran Bretaña victoriana.

les de adquisición sobreestima la brecha rural urbana por cuanto ignora las costosas transacciones en el mercado negro del sector urbano.

Ninguno de estos comentarios implica una negación de la existencia de una brecha rural urbana. Los tenaces esfuerzos de los ciudadanos chinos para asegurar y mantener permisos de residencia urbana sugieren que consideraban que el diferencial había sido alto. No obstante, es difícil creer que la brecha entre el 'verdadero' ingreso urbano y rural fuera mayor de 3 a 1.<sup>9</sup> Si se acepta esta cifra, el coeficiente de Gini total calculado por Adelman y Sunding en 0.44 para finales de los setenta es demasiado alto; y una cifra cercana a 0.35 es más razonable, que no es muy alta para los estándares internacionales y es significativamente menor de la que se registraba en los años treinta.

En el caso del Japón, nuestro conocimiento sobre el grado de desigualdad de la distribución del ingreso ha sido muy limitado durante mucho tiempo. Los datos recogidos por el Ministerio de Agricultura en la década de 1880 permitieron que Mizoguchi y Takayama [1984, 215-216] estimaran un coeficiente de Gini de 0.44 para comienzos del período Meiji, y los datos de Gleason [1965, 404] sugieren un Gini cercano a 0.49 para 1930. Sin embargo, muchos académicos consideraron que esas estimaciones eran extremadamente tentativas.

Todo esto ha cambiado en los últimos años, gracias al trabajo pionero de Minami y sus colaboradores quienes utilizan registros locales de impuestos al ingreso comparativamente confiables. Este análisis se limitó inicialmente a la provincia Yamaguchi [Minami y Ono 1978], pero luego se amplió para cubrir una porción mucho mayor del Japón [Minami *et al.* 1993; Minami 1994c]. Los resultados de este trabajo se resumen en la tabla 4.

Esos datos parecen establecer que la desigualdad del ingreso era mayor en Japón a comienzos de la Segunda Guerra Mundial. La rapidez con que las fuerzas aliadas de ocupación introdujeron una reforma agraria general después de 1945 —que redujo el área en arrendamiento del 45 por ciento al 9 por ciento en 1955 [Hayami y Yamada 1991, 84-85]— apoya esta conclusión. El diagnóstico de las Fuerzas de Ocupación y el de los marxistas japoneses coincidían a este respecto [Hoston 1986, 250].

En cambio, no es tan claro que la desigualdad del ingreso de la década de 1930 fuera mayor o menor que a comienzos del período Meiji, aunque hay cierto consenso sobre dos temas. Primero, la desigualdad del ingre-

---

9 La sensibilidad de la brecha rural urbana a este tipo de ajustes es evidente desde el trabajo de Williamson [1987, 656] sobre Gran Bretaña. Su brecha de salarios nominales, 73 por ciento entre sectores, cae a 18-33 por ciento después de los ajustes por incomodidades, subsidios y diferencias de precios.

TABLA 4  
DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO EN EL JAPÓN, 1923-1937

	Coeficientes de Gini antes de impuestos		
	1923	1930	1937
Rural	0.57	0.58	0.62
Urbano	0.55	0.58	0.59
Total	0.56	0.59	0.61

Nota: La muestra cubre las mismas 17 poblaciones y ciudades, y 47 pueblos, en cada año. Minami *et al.* [1993] calcularon otros índices de Gini para una muestra mayor pero diferente. Los registros de ingresos e impuestos locales cubren el grueso de la población y son, por tanto, mejores que los registros de ingresos e impuestos nacionales (los cuales se limitaban a los perceptores de altos ingresos).

Fuente: Minami, Kim y Yazawa [1993, 353].

so urbano estaba aumentando. El crecimiento de los ingresos reales se retrasó con respecto a la productividad, lo que produjo un aumento en la participación de los beneficios, de cerca de 32 por ciento en 1900 a 52 por ciento en 1938 [Minami 1986, 321]. Además, los diferenciales de salarios en la industria manufacturera se incrementaron. La brecha de salarios entre las grandes y las pequeñas empresas, y entre los trabajadores calificados y los trabajadores no calificados aumentó en las décadas de los años veinte y treinta. Esto fue un reflejo de la oferta 'ilimitada', *de facto*, de trabajadores no calificados [Minami 1986, 310-315]. Segundo, el diferencial rural urbano medido por las tendencias de los salarios reales en la agricultura y en la industria parece haberse incrementado, especialmente después de 1920. De acuerdo con Ono y Watanabe [1976, 384], éste fue el elemento que más contribuyó a la desigualdad japonesa.

Sin embargo, hay mayor controversia acerca de la tendencia en la distribución rural del ingreso. De acuerdo con Smethurst [1986,29], "la creencia en que la diferenciación entre clases rurales tuvo lugar en el Japón moderno no es una creencia a la que se haya llegado empíricamente. Aunque hay evidencia que muestra que el desarrollo de una economía capitalista de mercado llevó a un incremento del arrendamiento y, por tanto, a la diferenciación en el período Meiji, hay una evidencia igualmente sólida que muestra que esta tendencia revirtió en el siglo XX". Aunque la incidencia del arrendamiento se incrementó, Smethurst sostiene que los arrendatarios podían aumentar sus ingresos cultivando la tierra mejorada y que no hay evidencia de que se redujera el tamaño promedio de las fincas en arrendamiento. Aún más importante, el crecimiento del sector industrial creó nuevos empleos para los



campesinos sin tierra y los campesinos arrendatarios; en esta forma, la industrialización contribuyó a reducir la desigualdad del ingreso [Smet-hurst 1986, 32-33].

Muchos marxistas japoneses (y occidentales) no comparten esta interpretación. Primero, los datos sobre la desigualdad del ingreso rural de largo plazo que Minami y Ono [1987] recogieron para la prefectura Yamaguchi muestran que el Gini rural aumentó de 0.53 en la década de 1890 a 0.56 durante la Primera Guerra Mundial. Aun más importante, los resultados de una muestra bastante mayor [Minami *et al.* 1993, 361] muestran que los coeficientes de Gini rural y urbano aumentaron de 0.43 y 0.60 respectivamente durante 1891-1900 a 0.51 y 0.69 respectivamente en 1911-1921. Segundo, el sistema japonés de tributación rural era regresivo. El impuesto a la tierra de 1873 era neutral en su diseño y sus efectos y, aunque su carga cayó a lo largo del tiempo, el campesinado poco mejoró debido a que el impuesto a la tierra fue remplazado por el impuesto al alcohol como principal fuente de ingresos del gobierno. Así, en 1900, el impuesto a la tierra contribuyó con el 35 por ciento de los ingresos del estado y el impuesto al alcohol con el 38 por ciento. En contraste, los impuestos al ingreso contribuyeron únicamente con el 4 por ciento y los impuestos a las empresas con cerca del 5 por ciento [Minami 1986, 340]. Tercero, Smethurst ignora que la industrialización rural puede haber aumentado la desigualdad ofreciendo oportunidades para unos beneficios mayores. Quienes carecían de tierras pueden haberse beneficiado de las crecientes oportunidades de ingreso pero puede afirmarse razonablemente que los capitalistas rurales ganaron aún más.

Además, vale la pena subrayar que la reforma agraria japonesa fue menos igualitaria que la de China. Las reformas de comienzos de la década de 1870 avanzaron en esta dirección transfiriendo los derechos de propiedad de la tierra de los *daimyo* (nobleza) ausentistas a los arrendatarios que vivían en el campo. Sin embargo, los *daimyo* y los *samurai* fueron al menos parcialmente compensados con bienes del gobierno. Además, una buena parte de los nuevos propietarios de la tierra cultivable eran acaudalados. Muchos de ellos arrendaron su tierra a subarrendatarios aun en el período Tokugawa tardío, y su poder se incrementó efectivamente con las reformas Meiji; hacia los años treinta, controlaban el 45 por ciento de la tierra cultivada, en comparación con el 30 por ciento a comienzos de la década de 1870. En contraste, los pobres y los campesinos sin tierra ganaron muy poco con la reforma agraria de inicios del período Meiji [Dore 1987].

Tomada en su conjunto, esta evidencia sobre la desigualdad japonesa sugiere dos conclusiones. Primera, la distribución del ingreso en el Japón de la preguerra se hizo más desigual a través del tiempo; sin embargo, esta

conclusión aún no está firmemente establecida. Segunda, la desigualdad japonesa fue mucho mayor que en el período final de la China maoísta. Aun si aceptamos las altas estimaciones de Adelman y Sunding para China (Tabla 3), el índice total de Gini japonés de 0.61 en 1937 era mucho más alto que la cifra China de 0.44 en 1978. Minami [1994 b] está indudablemente en lo cierto cuando afirma que “es imposible evitar la desigual distribución del ingreso en las primeras fases del desarrollo; la distribución desigual es un costo de la industrialización” debido a que la eliminación de la desigualdad es un proyecto totalmente utópico. Pero la evidencia presentada aquí sugiere que China tuvo mayor éxito en mantener la desigualdad dentro de ciertos límites que el Japón de la preguerra.

## POBREZA

Las estimaciones de Maeda y Sumiya sugieren que entre el 15 y el 20 por ciento de la población estaba en estado de pobreza absoluta a comienzos del período Meiji [Chubachi y Taira 1976, 394]. Los guetos urbanos eran lugares comunes en las ciudades japonesas, así como la discriminación sistemática contra las minorías étnicas Ainu y Okinawa. Y, como ha demostrado Tsurumi [1990], las condiciones laborales para las ‘chicas de las fábricas’ en las rápidamente crecientes industrias de hilado de algodón e hilado de seda fueron muy deficientes incluso durante el período de entre guerras.

Las tendencias de la pobreza a través del tiempo son más difíciles de establecer. Para el Japón rural, los salarios reales de los jornaleros agrícolas —los pobres rurales— se incrementaron anualmente en 1.3 por ciento entre 1886-1888 y 1937-1939. Esto sugiere un claro mejoramiento de los estándares de vida a través del tiempo, y sirve de base para que Smethurst [1986, 3, 21] opine que aunque “había pobreza en el Japón rural de la preguerra... su magnitud y profundidad han sido exageradas”. Smethurst también sostiene que las reducciones del ingreso real que se presentaron durante la deflación Matuskata de los años 1880 y la depresión de los años treinta fueron apenas “poco satisfactoria” y “ciertamente no bien acogida” respectivamente [1986, 60, 96]. Con respecto a la depresión de los años treinta en particular, Smethurst dice que:

En el siglo XX, sin embargo, incluso durante las denominadas ‘hambrunas’ como la de [la región de] Tohoku durante comienzos de los años treinta, la gente no murió realmente de hambre; en cambio, comía otros granos o, en las peores ocasiones, rábanos y patatas dulces en vez de arroz. Los miembros del estrato más bajo de la sociedad rural de los años veinte y treinta eran sin duda pobres, pero en medio de su pobreza vivían mejor que sus

ancestros de finales del período Tokugawa, predecesores del período Meiji [1986, 21].

Sin embargo, la evaluación de Smethurst es exagerada. Ignora el estancamiento virtual de los salarios rurales después de 1900; el salario real en 1938 era de 118 yenes, apenas mayor que el nivel de 108 yenes de 1900. Y si se usa como deflactor el índice de precios al consumidor rural en vez del índice de precios agrícolas, hay una clara tendencia descendente [Minami 1994a, 232]. Además, la caída del 9 por ciento en los salarios agrícolas reales durante la década de 1880 fue mucho más que 'poco satisfactoria'. Y la verdadera magnitud del sufrimiento en los años treinta es descrita en forma más precisa por Waswo [1989] quien, aunque es crítico de las explicaciones ofrecidas por los marxistas japoneses, no duda de la gravedad de la depresión:

En algunas zonas de Tohoku los agricultores se vieron obligados a recolectar nueces y semillas y cuando éstas se agotaron, a recoger cogollos de los árboles... Hubo un incremento significativo del número de mujeres adolescentes que fueron vendidas por sus padres a los burdeles, a las casas de geishas y a los bares [117]... Muchos agricultores sintieron mucho resentimiento, y éste no se dirigió, como habría sucedido en el caso de los miembros del establecimiento japonés, contra el comportamiento de los financistas de Wall Street o los hábitos de compra de las mujeres yankees, sino contra el establecimiento japonés mismo [Waswo 1989, 133]... éste poco ocultó el menosprecio por las ciudades, el capitalismo, el liberalismo y el proceso parlamentario que no estuvieron relacionados con los cambios que ocurrieron en la política japonesa y en la política exterior de finales de los años treinta [134].

En suma, la tendencia de la pobreza en el sector rural parece haber sido ligeramente decreciente entre la Restauración Meiji y comienzos de la Guerra del Pacífico. No obstante, este descenso estuvo signado por salvajes caídas en el estándar de vida de los pobres rurales a comienzos de los años 1880 y, luego, a comienzos de la década de 1930. El descenso de este último período fue tan severo que superó a las ganancias de ingreso de las primeras dos décadas del siglo.

En cuanto al sector urbano, la evidencia indica un descenso a largo plazo en la incidencia de la pobreza. Las series construidas por Ono y Watanabe [1976, 383] muestran un claro incremento en el ingreso de los hogares del Japón urbano; buena parte del cual refleja un incremento de los salarios reales en la manufactura, de cerca de 160 yenes en 1900 a cerca de 400 yenes a finales de los años treinta [Minami 1994a, 232]. Además, los ingresos reales de quienes vivían en los guetos urbanos probablemente se incrementaron en el muy largo plazo. A finales de la década de los años treinta, el ingreso per cápita promedio de los guetos urbanos era de casi 80 yenes (a precios de 1934-36), en comparación con apenas 42 yenes en 1886 [Chubachi y Taira 1976, 407]. Aunque los niveles

de ingreso de 1886 se deprimieron con la inflación Matsukata, la tendencia de largo plazo fue ascendente.

Sin embargo, es necesario matizar este optimismo en dos aspectos. Primero, los salarios femeninos en la manufactura eran menores que los salarios masculinos; esto se reflejaba en la segmentación ocupacional, en la concentración femenina en las pequeñas empresas y en la discriminación sistemática. Además, la tasa de incremento fue, en el mejor de los casos, muy pequeña después de 1900; la migración del sector rural mantuvo bajos los salarios [Minami, 1994a, 235]. Segundo, hubo fuertes reducciones cíclicas del ingreso de los pobres urbanos. Como resultado de la depresión de la década de 1930, el ingreso per cápita promedio registrado en los guetos a finales de la década fue virtualmente constante en términos reales con respecto a su nivel de 1912. En otras palabras, la mayor proporción de la reducción de la pobreza urbana ocurrió entre 1886 y 1912, cuando el ingreso per cápita de los guetos aumentó de 42 a 78 yenes.

El panorama global de la pobreza en Japón es más optimista. Esto obedece a la operación del 'proceso Kuznets' o de lo que Fields [1980] denomina "crecimiento por ampliación del sector moderno". En este proceso, el trabajo se traslada del sector tradicional al sector moderno y, debido a que se supone que los ingresos per cápita son mayores en este último, se presentan un claro descenso de la pobreza absoluta aunque los ingresos per cápita de los dos sectores no se modifiquen. En el caso japonés, el proceso Kuznets operó en dos formas. Primera, una parte de la población rural pasó de la agricultura al hilado de seda. Este traslado compensó el colapso del hilado de algodón nativo que siguió a la Restauración, de modo que a finales de la era Meiji hubo poco subempleo rural [Saito 1986]. Segunda, había un éxodo sostenido de hombres jóvenes del sector rural a las fábricas urbanas de textiles de algodón. Ambas tendencias se reflejaron en el descenso de la proporción de la fuerza de trabajo empleada en el sector primario, de 70 por ciento en 1888 a 45 por ciento en 1938 [Minami 1994a, 212].

Por supuesto, no se debe exagerar el impacto de esos cambios estructurales sobre la pobreza. El tamaño de la fuerza de trabajo del sector primario japonés se mantuvo virtualmente constante en términos absolutos entre la Restauración y la Segunda Guerra Mundial. Además, la remuneración y las condiciones de las "chicas de las fábricas" de la era Meiji eran peores que en los asilos rurales de los que habían escapado [Tsurumi 1990]. Como resultado, muchas retornaron al campo, por enfermedad y desesperación (y no simplemente para casarse, como querían hacernos creer las explicaciones oficiales de ese período). Las estimaciones disponibles sobre la pobreza sugieren que incluso en 1930, en el cenit de la prosperidad de entre guerras, cerca del 15 por ciento de la población japonesa vivía por debajo

de la línea de pobreza [Chubachi y Taira 1976, 428]. Sin embargo, pese a todo, parece que la pobreza japonesa descendió ligeramente en el largo plazo. A pesar de la profunda depresión de comienzos de los años treinta, los pobres japoneses parecen haber estado marginalmente mejor a comienzos de la Guerra del Pacífico que sus abuelos de 70 años antes.

En China, la incidencia de la pobreza absoluta descendió durante la era maoísta. En el sector urbano, los estrictos controles a la migración de trabajadores que se introdujeron en los años sesenta junto con la rápida industrialización eliminaron el desempleo urbano abierto. Además, el crecimiento de la demanda de trabajo redujo la relación de dependencia urbana de 2.6 a 0.7 entre 1952 y 1982. Como resultado, los ingresos aumentaron aunque los niveles de salario estuvieron congelados después de 1957. Aun cuando la calidad de la vivienda era deficiente, la falta de electricidad y de agua intermitente y muchos bienes de consumo estaban racionados, la pobreza urbana había sido casi eliminada a finales de los años setenta. De acuerdo con el Banco Mundial [1992, 146], solo 4 millones, de una población urbana de 202 millones, vivían por debajo de la línea de pobreza en 1981.

La incidencia de la pobreza en el campo chino también descendió. La reforma agraria de los años cincuenta jugó un gran papel incrementando el área de las tierras de propiedad de los pobres rurales. En la provincia de Sichuan, por ejemplo, la tierra cultivable por agricultor pobre para una muestra de diez municipios pasó de 0.5 a 1.5 mu como resultado de la reforma.<sup>10</sup> En las provincias de Hunan y Hubei los agricultores pobres obtuvieron un promedio de 1 a 2.5 mu [Shue 1980, 90]. La industrialización jugó un papel importante en la reducción de la pobreza rural proporcionando empleo. Muchas industrias financiadas por el Estado se localizaron en las zonas rurales [Wong 1991], y esta proporción se incrementó durante el programa de construcción denominado Tercer Frente, que comenzó en 1965. El objetivo principal del Tercer Frente era establecer una nueva base industrial en China Occidental, donde se pensaba que la industria era menos vulnerable a los ataques soviéticos o americanos que las factorías de Manchuria y Shangai. En retrospectiva, es indudable que este programa acarreó unos grandes costos de oportunidad [Naughton 1988]. No obstante, tenía cierta lógica militar y facilitó el apoyo de China a Vietnam [Bramall 1993]. El Tercer Frente también fomentó la modernización en algunas de las zonas más pobres e inaccesibles de China Occidental. Por ejemplo, la construcción de una enorme planta de acero en Panzhihua sobre los márgenes del alto Yangzi trans-

---

10 Esos diez municipios se enumeran en la tabla 2. No hay datos sobre los municipios de Pizzian, Wushan y Chongqing.

formó lo que era un pueblo pequeño a comienzos de los años sesenta en una ciudad de medio millón de habitantes a finales de los años setenta. Y el nuevo ferrocarril que unía a Panzhihua con el resto de China generó cierta prosperidad en un área de China que aún seguía siendo extremadamente atrasada. Quizá más importante, y en abierto contraste con el Japón de la preguerra, la vida de los pobres rurales se modificó con el mejoramiento de la atención médica. Las campañas sanitarias y de vacunación de la era maoísta fueron tan exitosas que, de acuerdo con los resultados del censo nacional de población de 1982, sólo 89 de los 2136 municipios registraban tasas de mortalidad infantil de más de cien por mil nacidos vivos.<sup>11</sup> Puesto que la población de estos municipios era muy dispersa, esto implica que sólo el 1 por ciento de la población China estaba por debajo de este umbral de pobreza a comienzos de los años ochenta.

No obstante, esta descripción del éxito maoísta en materia de pobreza rural debe ser matizada. Primero, es probable que las estimaciones oficiales de la mortalidad infantil de comienzos de los años noventa sean demasiado bajas [Banister 1987, 1992]. Segundo, los datos sobre los patrones espaciales de mortalidad infantil son erróneos debido a que ignoran las variaciones dentro de los municipios. Esto fue particularmente problemático en la zona montañosa de China Occidental, donde la elevada mortalidad de los pueblos inaccesibles quedó oculta por las relativamente bajas tasas de mortalidad de los pueblos de los valles. Así, un municipio podía tener fuertes concentraciones de alta mortalidad infantil aunque su promedio fuese inferior a cien. Tercero, hubo relativamente poco progreso en el mejoramiento de los estándares de vida *material* de los pobres después de 1957. La reforma agraria por sí misma no pudo asegurar la prosperidad debido a la relación adversa entre tierra cultivable y población. El liderazgo maoísta consideró que la colectivización era la respuesta a este problema porque permitiría movilizar la fuerza de trabajo rural en los proyectos de irrigación.

En la práctica, sin embargo, hay poca evidencia de que el producto agrícola per cápita aumentara después de 1957. Por una parte, debido a la extracción del 'excedente' agrícola para financiar el programa del Tercer Frente. Como muestran muchos trabajos recientes, en contra de los análisis iniciales de Ishikawa [1988] y Nakagane [1989], durante la era

---

11 Este avance se sitúa en una perspectiva adecuada en el *Human Development Report* de 1994, que registra 54 países con una tasa de mortalidad infantil superior a 100 en 1992. Debe señalarse también que no hay evidencia de que esta reducción de la mortalidad fuera resultado únicamente de las reformas de 1978-1982. La encuesta nacional de mortalidad de 1973-75 muestra que las tasas de mortalidad ya eran bajas a comienzos de los años setenta.

maoísta se extrajo un gran excedente neto mediante la manipulación de los términos de intercambio intersectoriales [Chen y Buckwell 1991, Sheng 1993]. Por otra parte, debido al énfasis en la autosuficiencia en la producción de cereales. Aunque este énfasis contribuyó a reducir la desigualdad rural sancionando a los municipios que de otro modo se habrían especializado, por ejemplo, en vegetales y productos perecederos para el mercado urbano, también puede haber discriminado contra los municipios pobres que tenían ventajas comparativas en la producción animal y la producción de frutas. Finalmente, las restricciones a la migración rural urbana también pueden haber penalizado a los pobres rurales.

Como resultado, la pobreza rural, medida en términos de 'opulencia', aún estaba muy extendida a finales de los años setenta [Nolan 1988, 74-77; World Bank 1992, 146; Riskin 1993]. Usando la línea de pobreza oficial, de 50 yuanes para el ingreso distribuido colectivamente, cerca del 29 por ciento de los equipos de producción eran pobres, en promedio, entre 1977 y 1981 [Vermeer 1982, 17-18 np; ZGTJNJ 1981, 131, 199]. Eso implica un guarismo de 230 millones, una cifra similar a la estimación más reciente del Banco Mundial, 262 millones para 1978. Sin embargo, esas estimaciones de opulencia no deben ser aceptadas sin beneficio de inventario. Hay una obvia discrepancia entre la mortalidad y los datos de opulencia referentes a la pobreza, y hay buenas razones para dar mayor confianza a la primera. Las cifras de mortalidad se extrajeron de un censo confiable de la población nacional. En cambio, las cifras de opulencia provienen de una encuesta muestral de apenas 6000 hogares que definió el ingreso en una forma muy estrecha; los trabajos recientes sugieren que la inclusión del valor imputado del arrendamiento rural elevaría en casi 40 por ciento el ingreso rural de la versión de la encuesta de 1988 [Khan *et al.* 1993, 30]. Por supuesto, la calidad de la vivienda rural ha mejorado desde finales de los años setenta, pero aún no existen fundamentos para suponer que la renta imputada era cercana a cero en la época de la muerte de Mao.

Queda entonces la impresión de que el régimen maoísta dio pasos importantes para reducir los indicadores de capacidad de la pobreza rural, y que la literatura reciente al enfatizar el fracaso maoísta, en términos de los indicadores de opulencia de la pobreza, es excesivamente pesimista. No obstante, esta discrepancia no obedece totalmente a problemas de datos. Los registros de pobreza del régimen fueron manipulados y sería absurdo ignorar el legado maoísta de bajo consumo y vivienda deficiente en muchas partes de la China rural.

## LA HAMBRUNA CHINA

El mayor desastre de la China maoísta fue la hambruna de 1959-1962, la que en gran medida demerita los logros del régimen en otras esferas. Su magnitud no llegó a ser tan clara hasta que se publicaron los resultados del censo de población de 1982, y esto explica la ausencia de cualquier mención en el ensayo de Lippit.

La hambruna china tuvo su origen en los cambios institucionales y estructurales que ocurrieron en la economía rural durante las primeras etapas del Gran Salto adelante. Iniciado en 1958, el objetivo del Gran Salto era que China "alcanzara" a Occidente en una década y se atenuara el problema de los bajos ingresos en el campo sin una inyección masiva de fondos del sector urbano. Con ese fin, la población rural —especialmente las mujeres— fue movilizadada para construir redes de irrigación y producir hierro y acero en hornos 'caseros'. La innovación institucional clave fue la comuna, que no sólo organizó la producción sino que también proporcionó servicios de restaurantes comunales y atención infantil. Sin embargo, la eliminación de la mayoría de los incentivos materiales —las comidas de los restaurantes comunales eran gratuitas— motivó muy poco a la fuerza de trabajo. La mayor parte del acero producido era de baja calidad y su producción absorbió gran parte de la fuerza laboral que antes se dedicaba a la agricultura. Esas fallas políticas llevaron a un drástico descenso de la producción agrícola.<sup>12</sup> La producción de cereales cayó de 200 millones de toneladas en 1958 a cerca de 140 millones de toneladas en 1960 [SSB 1992, 358]. Puesto que China era un gran exportador neto de cereales hasta 1962 (para saldar sus deudas con la Unión Soviética), la disponibilidad de calorías descendió de 2300 kcal por día en 1956 a un nivel catastrófico de 1600 kcal en 1960 [Piazza 1986, 77]. En Sichuan, la provincia más golpeada, la cifra cayó por debajo de 1400 kcal en 1961 [Bramall 1993b, 317].

El impacto de esta crisis de oferta sobre la mortalidad fue muy intenso. La tasa oficial bruta de mortalidad pasó de 12 a 25 por mil entre 1958 y 1960 [SSB 1989, 88], y los ajustes de Banister [1987, 85, 116] a esos datos oficiales muestran que la esperanza de vida al nacimiento cayó de 51 años en 1957 a 25 años en 1960. Estas tasas de mortalidad sugieren un exceso de mortalidad total de cerca de 30 millones de personas durante la hambruna [Ashton *et al.* 1984, 619]. En Sichuan, el exceso de morta-

---

12 Los bajos rendimientos también fueron reflejo de un clima extremadamente severo. En el verano de 1959 se experimentó la más fuerte sequía de todo el período posterior a 1949; entre julio y septiembre, las lluvias en la China central fueron entre 20 y 50 por ciento de lo normal.



**TABLA 5**  
**PATRONES DE MORTALIDAD EN CHINA DURANTE 1957-1963**  
 Tasas brutas de mortalidad por mil

	1957	1958	1959	1960	1961	1962	1963	1969-61 Promedio
<b>1. Municipios de la Providencia de Sichuan</b>								
Xinjin	13	22	26	116	30	14	9	58
Guanxian	12	24	45	50	35	16	9	43
Shifang	9	23	58	69	33	14	9	53
Jingyan	13	ND	ND	68	ND	38	ND	68
Jiajiang	13	14	26	103	27	13	12	52
Neijiang	9	16	24	26	21	16	13	24
Nanchong	10	22	33	40	22	17	13	32
Anyue	ND	ND	ND	ND	32	ND	12	32
Kaixian	12	26	61	67	24	14	13	51
Guanghan	9	9	49	93	23	10	8	55
Mianzhu	11	25	58	60	29	11	8	49
Dianjiang	19	8	59	141	13	9	15	71
Wushan	13	27	85	90	16	9	11	64
Kaijian	10	21	34	77	23	ND	10	45
Santai	12	37	45	37	22	14	13	35
Shejong	10	27	37	37	16	9	10	30
Qianwei	9	23	36	96	24	11	15	52
Youyang y Xiushang	ND	ND	ND	ND	ND	ND	ND	81
Promedio muestral	12	22	45	73	24	14	11	50
Sichuan	12	25	47	54	29	15	13	49
<b>2. Otras provincias severamente afectadas</b>								
Anhui	9	12	17	69	8	8	8	31
Guizhou	9	14	16	45	18	10	9	26
Gansu	11	21	17	41	12	8	10	23
Qinghai	10	13	17	41	12	5	8	23
<b>3. Ciudades y provincias muy poco afectadas</b>								
Xinjiang	14	13	19	16	12	10	9	16
Heilongjiang	11	9	13	11	11	9	9	12
Tianjin	9	9	10	10	10	7	7	10
Shanxi	13	12	13	14	12	11	11	13
Mongolia Interior	11	8	11	9	9	9	9	10
Toda China	11	12	15	25	14	10	10	18

Notas: N.D.: datos no disponibles. Neijiang se refiere únicamente a la ciudad de Neijiang.

Fuente: Los *xiang zhi* enumerados en la tabla 2, además de Guanxian [1991, 130], Shifang [1988, cap. 4, 5], Jingyan [1990, 99], Jiajiang [1989, 82], Neijiang [1987, 94], Anyue [1993, 115] y Mianzhu [1992, 79]; Liu [1988, 322], SSB [1989, 88; 1990].

lidad fue de al menos 8 millones de personas, y la cifra puede haber sido cercana a 15 millones [Bramall 1993b, 297]. Aun ésta oculta la intensidad del hambre a nivel local en Sichuan y en otras partes. Como muestra la tabla 5, hubo grandes variaciones entre los municipios de Sichuan.

Las tasas de mortalidad de municipios tales como Dianjiang y Jiajiang no sólo aumentaron drásticamente sino que fueron excesivamente superiores a los promedios provincial y nacional. Los niveles de mortalidad a que se llegó en los municipios del sureste de Dianjiang, Youyang y Xiushan fueron increíblemente altos, y probablemente no sea coincidencia que la población de esta parte de Sichuan fuese, en su mayoría, de origen étnico minoritario.<sup>13</sup> Pero incluso en ciudades como Neijian, que salieron del desastre comparativamente incólumes, la tasa de mortalidad se triplicó.

También hubo una gran variación en la magnitud de la mortalidad entre provincias, pero las provincias pobres generalmente sufrieron más. Sichuan, Anhui, Guizhou, Gansu y Qinghai fueron duramente golpeadas, mientras que otras, como Shanxi y Mongolia Interior, no fueron afectadas en absoluto. Sin embargo, la correlación es imprecisa. Provincias muy pobres como Shanxi, Yunnan y Ningxia experimentaron tasas de mortalidad bastante inferiores al promedio nacional, e incluso la rica Jiangsu experimentó un aumento en su tasa de mortalidad.

En cuanto al Japón, es suficiente decir que allí no hubo en la historia del período de preguerra un acontecimiento comparable con la hambruna China; la última gran hambruna del Japón ocurrió en la década de 1830. Además, aunque puede argumentarse que las consecuencias del papel del Japón en la Segunda Guerra Mundial deben ser contempladas en cualquier evaluación de su récord de desarrollo, podría argumentarse igualmente que la guerra fue una respuesta directa al imperialismo occidental en Asia, y no un resultado inevitable de la estrategia de modernización del Japón.

## CONCLUSIÓN

Hasta hace poco, se podía concluir correctamente que la evolución de los estándares de vida de la China maoísta era muy superior a la del Japón de la preguerra. El producto creció más rápidamente en China, y la reducción

---

13 Es difícil determinar si las minorías étnicas sufrieron mortalidades desproporcionadamente elevadas durante la hambruna. No hay clara evidencia de ello en los datos provinciales disponibles, pero estos son erróneos debido a que la colectivización sólo se llevó a cabo en las áreas Yi y Tibetana de Sichuan desde los años setenta.

de la mortalidad fue más rápida. Y esos frutos de la modernización China fueron ampliamente compartidos por la población, en abierto contraste con las profundas desigualdades del Japón de la preguerra. Incluso la tasa de reducción del analfabetismo que se logró en Japón fue igualada por la China maoísta.

Se solía atribuir esas diferencias al carácter de las revoluciones china y japonesa. La restauración Meiji fue liderada por una aristocracia insatisfecha, y después de ella la política fue "represión adentro y agresión afuera" [Moore 1966]. En China, la vida de la burguesía urbana y de los funcionarios del partido fue alterada de modo irreversible durante las campañas de los años cincuenta y de la Revolución Cultural. Sin embargo, la revolución de 1949 fue liderada por el partido comunista chino con un fuerte apoyo del campesinado, y aunque se extrajo un fuerte 'excedente' de la agricultura, la mejora de los estándares de vida del campesinado continuó incluso durante finales de la era maoísta. El campesinado y los trabajadores chinos prosperaron, incluso durante los disturbios de la Revolución Cultural.

Desde el punto de vista retrospectivo de los años noventa, es claro que esta visión convencional era demasiado optimista en su evaluación del desarrollo económico y social maoísta. Aunque buena parte de la evidencia reciente sobre la distribución del ingreso en el Japón y el desarrollo humano en la China maoísta refuerza la conclusión inicial de Victor Lippit, es difícil considerar el modelo de desarrollo maoísta en términos favorables a la luz de lo que hoy conocemos como la hambruna a gran escala que se sufrió en la China a comienzos de los años sesenta. Es posible 'explicar', en cierta medida, el Gran Salto Adelante (que precipitó la hambruna) como una respuesta inevitable a una continua amenaza externa dirigida contra la nación-estado china después de 1839. No es sorprendente que las amargas memorias de la extraterritorialidad, la guerra contra el Japón y la lucha contra el Kuomintang, los aterradores desastres de la Guerra de Corea, y el creciente distanciamiento con la Unión Soviética culminaran en un intento desesperado de 'alcanzar' a Occidente en una década. En forma alternativa, es posible dedicarse a lo que se puede denominar "el cálculo de lo macabro" y sugerir que las vidas que se salvaron en el largo plazo con la estrategia maoísta compensaron las que se perdieron durante la hambruna. Sin embargo, al final de cuentas esas apologías no son convincentes. En cambio, se puede concluir que los paralelos entre el desarrollo económico moderno de Japón y de China, en términos de su impacto sobre los estándares de vida, son mucho mayores que las diferencias.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adelman, I. y Sunding, D. 1987. "Economic Policy and Income Distribution in China", *Comparative Economics* 11, 3, septiembre, 444-461.
- Ashton, B., Hill, K., Piazza, A. y Zeitz, R. 1984. "Famine in China, 1958-61", *Population and Development Review* 10, 4, diciembre, 613-645.
- Banister, J. 1987. *China's Changing Population*, Stanford University Press, Stanford.
- Banister, J. 1992. "Demographic Aspects of Poverty in China", Working Paper for World Bank.
- Barclay, G. et al. 1976. "A Reassessment of the Demography of Traditional Rural China", *Population Index* 42, octubre, 603-635.
- Bhalla, A. S. 1992. *Uneven Development in the Third World*, Macmillan, Londres.
- Bramall, C. 1993. *In Praise of Maoist Economic Planning*, Clarendon Press, Oxford.
- Bramall, C. y Jones, M. 1993. "Rural Income Inequality in China since 1978", *Journal of Peasant Studies* 21, 1, octubre, 41-70.
- Brown, I., editor. 1989. *The Economies of Africa and Asia in the Inter-war Depression*, Routledge, Londres.
- CASS, Chinese Academy of Social Sciences. 1986. *Zhongguo Renkou Nianjian 1985* (Chinese Population Yearbook), Zhongguo shehui kexue chubanshe, Beijing.
- CASS. 1992. *Zhongguo Renkou nianjian 1991* (Chinese Population Yearbook), Jingli guanli chubanshe, Beijing.
- Chen, L. y Buckwell, A. 1991. *Chinese Grain Economy and Policy*, CAB international, Oxford.
- Chubachi, M. y Taira, K. 1976. "Poverty in Modern Japan", Patrick [1976].
- Chesnais, J. 1992. *The Demographic Transition*, Clarendon Press, Oxford.
- Dore, R. 1988. "Land Reform and Japan's Economic Development - A Reactionary Thesis", Shanin, T. editor, *Peasants and Peasant Societies*, segunda edición, Penguin, Londres.
- Dower, J. 1975. *Origins of the Modern Japanese State-Selected Writings of E. H. Norman*, Random House, Nueva York.
- Esherick, J. 1981. "Number Games", *Modern China* 7, 4, octubre, 387-411.
- FAO 1993. *Compendium of Food Consumption Statistics from Household Surveys in Developing Countries*, vol. 1: Asia, FAO, Roma.
- Fields, G. 1980. *Poverty, Inequality, and Development*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gleason, A. 1965. "Economic growth and consumption in Japan", Lockwood [1965].
- Griffin, K. y Zhao, R. 1993. *The Distribution of Income in China*, Macmillan, Londres.

- Gu, J, Shu, Y, Gao E. y Gu, X. 1991. Zhongguo ying'er siwangshuai jiqi yinxiang yinsu fenxi (An analysis of the various factors influencing the infant mortality rate in China), *Renkou yu jingji* (Population and Economics) 4, agosto, 26-33.
- Hanley, S. 1986. "The Material Culture", Jansen y Rozman [1986].
- Hanley, S. y Yamamura, K. 1977. *Economic and Demographic Change in Preindustrial Japan, 1600-1868*, Princeton University Press, Princeton.
- Hayami, A. 1986. "Population Changes", Jansen y Rozman [1986].
- Hayami, Y. y Yamada, S. 1991. *The Agricultural Development of Japan*, University of Tokyo Press, Tokyo.
- Hinton, W. 1966. *Fanshen*, Monthly Review Press, Nueva York.
- Hoston, G. 1986. *Marxism and the Crisis of Development in Prewar Japan*, Princeton University Press, Princeton.
- Hunter, J. 1993. *Japanese Women Working*, Routledge, Londres.
- Ishikawa, S. 1988. "Patterns and Processes of Intersectoral Resource Flows: Comparison of Cases in Asia", Rains, G. y Schultz, T, editores, *The State of Development Economics*, Basil Blackwell, Oxford.
- Jansen, M. y Rozman, G. 1986. *Japan in Transition-From Tokugawa to Meiji*, Princeton University Press, Princeton.
- Khan, A., Griffin, K., Riskin, C, y Zhao, R. 1993. "Household Income and its Distribution in China", Griffin y Zhao [1993].
- Lardy, N. 1984. "Consumption and Living Standards in China, 1978-83", *China Quarterly* 100, diciembre, 849-865.
- Lewis, M. 1990. *Rioters and Citizens*, University of California Press, Berkeley.
- Li, C. 1959. *Zhonghua renmin gongheguo nongye shui shi* (An Outline History of Land Taxation in the People's Republic of China), Caizheng Chubanshe, Beijing.
- Lippit, V. 1978. "Economic Development in Meiji Japan and Contemporary China: A Comparative Study", *Cambridge Journal of Economics* 2, 1, marzo, 55-81.
- Liu, H. 1988. *Zhongguo renkou-Sichuan fence* (China's Population: Sichuan Volume), Zhongguo caizheng jingji chubanshe, Beijing.
- Lockwood, W. 1954. *The Economic Development of Japan*, Princeton University Press, Princeton.
- Lockwood, W, editor. 1965. *The State and Economic Enterprise in Japan*, Princeton University Press, Princeton.
- Ma, H. 1990. *Modern China's Economy and Management*, Foreign Languages Press, Beijing.
- Minami, R. 1986. *The Economic Development of Japan*, primera edición, Macmillan, Londres.

- Minami, R. 1994a. *The Economic Development of Japan*, segunda edición, Macmillan, Londres.
- Minami, R. 1994b. *The Economic Development of China*, Macmillan, Londres.
- Minami, R. 1994c. "Income Distribution in Rural Areas in Pre-war Japan", *Keizai Kenkyu (The Economic Review)* 45, 3, julio, 193-202.
- Minami, R, Kim, K. y Yazawa, H. 1993. "Long-term Changes in Income Distribution", *Keizai kenkyu (The Economic Review)* 44, 4, octubre, 351-364.
- Minami R. y Ono, A. 1987. "Income Distribution in Pre-war Japan", *Keizai Kenkyu (The Economic Review)* 38, 4, octubre, 333-352.
- Mizoguchi, T y Matsuda, Y. 1991. "A Comparative Study on Income Distribution in the People's Republic of China and India", Mizoguchi, T, editor, *Making Economies More Efficient and More Equitable*, Kinokuniya, Tokyo.
- Mizoguchi, T y Takayama, N. 1984. *Equity and Poverty under Rapid Economic Growth*, Kinokuniya, Tokio.
- Moore, B. 1966. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, edición de 1967, Penguin, Londres.
- Nakagane, K. 1989. "Intersectoral Resource Flows in China Revisited: Who Provided Industrialization Funds?", *The Developing Economies XXVII*, 2, junio, 146-173.
- Naughton, B. 1988. "The Third Front", *China Quarterly* 115, septiembre, 351-386.
- Nolan, P. 1988. *The Political Economy of Collective Farms*, Polity, Cambridge.
- Ohbuchi, H. 1976. "Demographic transition in the process of Japanese industrialization", Patrick [1976].
- Ohkawa, K. y Rvososky, H. 1973. *Japanese Economic Growth*, Stanford University Press, Stanford.
- Ohkawa, K., Takamatsu, N. y Yamamoto, Y. 1974. "Estimates of Long-Term Economic Statistics of Japan Since 1868", vol. 1: *National Income*, Toyo Keizai Shinposha, Tokyo.
- Ono, A. y Watanabe, T. 1976. "Changes in Income Inequality in the Japanese Economy", Patrick [1976].
- Oshima, H. 1965. "Meiji Fiscal Policy and Agricultural Progress", Lockwood [1965].
- Patrick, H. 1976. *Japanese Industrialization and Its Social Consequences*, University of California Press, Berkeley.
- Piazza, A. 1986. *Food Consumption and Nutritional Status in the PRC*, Boulder, Westview.
- Population Research Institute. 1986. *Zhongguo Renkou Nianjian 1985 (Chinese Population Yearbook)*, Zhongguo shehui kexue chubanshe.
- Potter, S. y Potter, J. 1990. *China's Peasants*, Cambridge University Press, Cambridge.

- Richman, B. 1969. *Industrial Society in Communist China*, Random House, Nueva York.
- Riskin, C. 1987. *China's Political Economy*, Oxford University Press.
- Riskin, C. 1993. "Income Distribution and Poverty in Rural China", Griffin y Zhao [1993].
- Roll, C. 1980. *The Distribution of Rural Incomes in China*, Garland, Londres.
- Saito, O. 1986. "The Rural Economy", Jansen y Rozman [1986].
- Selden, M. 1988. *The Political Economy of Chinese Socialism*, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York.
- Sen, A. 1987. *The Standard of Living*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Sen A. 1992. *Inequality Reexamined*, Clarendon Press, Oxford.
- Sen, A. 1993. "Capability and Well-being", Sen, A. y Nussbaum, M., editores, 1993. *The Quality of Life*, Clarendon Press, Oxford.
- Sheng, Y. 1993. *Intersectoral Resource Flows and China's Economic Development*, Macmillan, Londres.
- Shue, V. 1980. *Peasant China in Transition*, California University Press, Berkeley.
- Smethurst, R. 1986. *Agricultural Development and Tenancy Disputes in Japan 1870-1940*, Princeton University Press, Princeton.
- Smith, T. 1955. *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880*, Stanford University Press, Stanford.
- Srinivasan, T y Bardhan, P, editores, 1988. *Rural Poverty in South Asia*, Columbia University Press, Nueva York.
- SSB, State Statistical Bureau. 1985. *Zhongguo Shehui Tongji ziliao* (Statistical Materials on Chinese Society), Zhongguo tongji chubanshe, Beijing.
- SSB. 1988. *Zhongguo renkou tongji nianjian 1988* (Yearbook of Chinese Population Statistics), Zhongguo minchong chubanshe, Beijing.
- SSB. 1989, 1992, 1995. *Zhongguo tongji nianjian 1989, 1992, 1995* (Chinese Statistical Yearbook), Zhongguo tongji chubanshe, Beijing.
- SSB. 1990. *Quanguo Gesheng zizhiqu zhixiashi lishi tongji ziliao huibian* (Collection of Historical Statistical Materials on China's Provinces, Autonomous Regions and Centrally-Administered cities), Zhongguo tongji chubanshe, Beijing.
- Statistics Bureau. 1987. *Historical Statistics of Japan*, cinco volúmenes, Japan Statistical Association, Tokio.
- Taira, K. 1978. "Factory Labour and the Industrial Revolution in Japan", Mathias, P y Postan, M., editores, *The Cambridge Economics History of Europe*, vol. VII, Cambridge University Press, Cambridge.
- Tsurumi, E. 1990. *Factory Girls*, Princeton University Press, Princeton.
- UNDP, United Nations Development Programme, 1994. *Human Development Report 1994*, Oxford University Press, Oxford.

- Vermeer, E. 1982. "Income Differentials in Rural China", *China Quarterly* 89, 1-33.
- Waswo, A. 1989. "Japan's Rural Economy in Crisis", Brown [1989].
- Whyte, M. y Parish, W. 1984. *Urban Life in Contemporary China*, University of Chicago Press, Chicago.
- Williamson, J. 1987. "Did English Factor Markets Fail during the Industrial Revolution?", *Oxford Economic Papers* 39, 641-678.
- Williamson, J. 1990. *Coping with City Growth During The British Industrial Revolution*, Cambridge University Press.
- Wong, C. 1991. The Maoist 'Model' Reconsidered: Local Self-reliance and the Financing of Rural Industrialization, Joseph, W., Wong, C. y Zweig, D., editores, *New Perspectives on the Cultural Revolution*, Harvard University Press, Harvard.
- Woods, R. 1992. *The Population of Britain in the Nineteenth Century*, Macmillan, Londres.
- World Bank. 1992. *China: Strategies for Reducing Poverty in the 1990s*, World Bank, Washington.
- World Bank. 1994. *World Tables*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- World Bank. 1991, 1995. *World Development Report 1991, 1995*, Oxford University Press, Oxford.
- Wrigley, E. y Schofield, R. 1981. *The Population History of England, 1541-1871*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Xian Zhi (Registros campesinos). Publicados en Chengdu por Sichuan renmin chubanshe: Anyue (1993), Dianjiang (1993), Guanghan (1992), Guanxian (1991), Jianjiang (1989), Jingyan (1990), Kaijiang (1989), Nanchong (1993), Pengxian (1989), Pixian (1989), Qianwei (1991), Santai (1992), Shifang (1988), Wushan (1991), y Xinjin (1989). Publicados en Chengdu por Sichuan daxue chubanshe: Kaixian (1990) y Shehong (1990). Publicados en Chengdu por Sichuan Kexue jishu chubanshe: Mianzhu (1992). Publicado en Chengdu por Bashu shushe: Neijiang (1987).